

por la voluntad imperiosa de su marido, no iría á casa de los Rogrón, donde sufría demasiado viendo maltratar á aquella hermosa criatura, que se unía á ella adivinando su protección secreta y que pedía que le enseñase tal ó cual labor de bordado. Petrilla mostraba de este modo que, tratada con dulzura, lo comprendía y lo aprendía todo. La señora Vinet, habiendo dejado de ser útil, no fué ya á casa de los Rogrón; Silvia, que acariciaba aún la idea del matrimonio, vió al fin un obstáculo en Petrilla: ésta tenía catorce años, y su blancura enfermiza, cuyos síntomas pasaban desapercibidos para aquella ignorante solterona, la hacían encantadora. Silvia concibió entonces la idea de compensar los gastos que la causaba Petrilla, constituyéndola en criada. Vinet, como causahabiente de los Chargebœuf, la señorita Habert, Gouraud y todos los concurrentes á casa de Silvia la animaron á que despidiese á Adela. ¿No podía Petrilla cocinar y cuidar la casa? Cuando hubiera demasiado trabajo podría tomar á la asistenta del coronel, persona muy entendida y servicial. Petrilla debía saber cocinar, fregar, barrer, tener limpia una casa, ir al mercado y aprender el precio de las cosas, según opinión del siniestro abogado. La pobrecilla, cuya abnegación y generosidad eran en ella iguales, se ofreció á llevar á cabo aquel plan, satisfecha de poder pagar así el duro pan que comía en aquella casa. Adela fué despedida. Petrilla perdió la única persona que acaso la hubiese protegido. Sin embargo de su fuerza, la pobre niña quedó desde aquel momento anonadada física y moralmente. Aquellos dos solterones tuvieron con ella menos consideraciones que si fuese una criada: ¡les pertenecía! Se vió, pues, regañada duramente por insignificancias, por un poco de polvo vertido sobre el mármol de la chimenea ó en una pantallita. Aquellos objetos de lujo que tanto había admirado se le hicieron odiosos. No obstante su deseo de obrar bien, su inexorable prima encontraba siempre reprehensible cuanto ella hacía. En dos años Petrilla no recibió un cumplido ni escuchó una palabra de afecto. La dicha para ella consistía en no ser reñida, y soportaba con paciencia ange-

cal los malos humores de aquellos dos solterones que desconocían en absoluto los buenos sentimientos y que la hacían sentir todos los días su dependencia. Aquella vida, en que la joven se encontraba entre aquellos dos merceros, como entre los labios de un torno, aumentó su enfermedad. Petrilla empezó á sentir turbaciones interiores tan violentas y pesares, secretos tan súbitos, que su desarrollo no pudo efectuarse con desahogo, y mediante dolores espantosos, pero ocultos, llegó al estado en que la vió su amigo de la infancia al saludarla con su romanza bretona en la plazoleta.

Antes de explicar el drama doméstico que la llegada de Brigaut determinó en la casa Rogrón, es preciso dar cuenta del establecimiento del bretón en Provins, ya que fué en cierto modo un personaje mudo de este drama. Al escaparse, Brigaut no sólo se asustó del gesto de Petrilla, sino también del cambio de su joven amiga; á no haber sido por la voz, los ojos y los gestos, que le recordaban á su compañerita tan viva, tan alegre, y sin embargo, tan cariñosa, no la hubiera reconocido. Cuando estuvo lejos de la casa, las piernas le temblaban y sintió frío en la espalda. ¡Había visto la sombra de Petrilla, pero no á Petrilla! Fuése á toda prisa á la villa alta pensativo é inquieto, hasta que encontró un lugar desde el cual podía ver la plaza y la casa de Petrilla, y desde allí la contempló dolorosamente, perdido en sus meditaciones. Petrilla sufría, no era feliz, echaba de menos á Bretaña, ¿qué tendría? Todas estas preguntas acudieron mil veces á la mente de Brigaut, desgarrándole el corazón, y le revelaron la extensión de su afecto por su pequeña hermana adoptiva. Es extraordinariamente raro que subsistan las pasiones entre niños de diferentes sexos. La encantadora novela de Pablo y Virginia, lo mismo que la de Petrilla y de Brigaut, no destrúan la verdad de este extraño hecho moral. La historia moderna no ofrece más ejemplos de este hecho que el que dieron la sublime marquesa de Pescaire y su marido, los cuales, destinados uno á otro por sus padres desde la edad de catorce años, se adoraron y se casaron, siendo su unión en el siglo XVI un



ejemplo de amor conyugal infinito. Viuda á los treinta y cuatro años, la marquesa, hermosa y dotada de talento, se vió universalmente adorada, y negó su mano á reyes, metiéndose en un convento, donde permaneció alejada del mundo para siempre. Un amor análogo á este se desarrolló de pronto en el corazón del pobre obrero bretón. ¡Petrilla y él se habían protegido mutuamente tantas veces, habíase considerado tan feliz al llevarle el dinero para el viaje, había estado á punto de morir, habíale costado tan gran disgusto el verla partir, y Petrilla no había sabido nada! Este recuerdo había animado las horas de su penosa vida durante tres años. Brigaut se había perfeccionado para Petrilla, había aprendido su oficio para Petrilla, y por Petrilla había ido á París con el propósito de hacer una fortuna para ella. Después de haber pasado quince días en la capital, no había podido resistir á la idea de ir á verla, y marchó el sábado por la noche con la idea de estar el lunes por la mañana en París; pero la conmovedora aparición de su amigueta lo sujetaba en Provins. Un admirable magnetismo, discutido aún á pesar de tantas pruebas, obraba en él sin saberlo. Mientras que las lágrimas oscurecían los ojos de Petrilla, otras lágrimas rodaban también por las mejillas del bretón. Si para ella representaba él á Bretaña y le recordaba una infancia feliz, para él Petrilla era la vida. A los diez y seis años Brigaut no sabía dibujar ni perfilar una cornisa, é ignoraba muchas cosas; pero, gracias á su fuerza de voluntad, ganaba ya de cuatro á cinco francos diarios. Podía, pues, vivir en Provins, donde tendría á Petrilla á la vista y podría velar por ella, al mismo tiempo que acabaría de aprender su oficio escogiendo por maestro al mejor carpintero de la villa.

En un momento Brigaut se decidió. El obrero corrió á París, arregló sus cuentas y recogió sus ahorros, equipaje y herramientas. Tres días después estaba de vuelta en casa del señor Frappier, primer carpintero de Provins. Los obreros activos, formales y enemigos del ruido y de la taberna son muy raros para que su amo dejase de apreciar á un

joven como Brigaut. Para terminar la historia del bretón sobre este punto, baste decir que al cabo de quince días pasó á ser primer operario en casa de Frappier, el cual le dió cama y comida y le enseñó cálculo y dibujo lineal. Este carpintero vivía en la calle Mayor á unos cien pasos de la larga plazoleta en cuyo extremo estaba situada la casa de los Rogrón. Brigaut encerró su amor en su corazón y no cometió la menor indiscreción. Se hizo contar la historia de los Rogrón por la señora Frappier, y de este modo supo cómo se las había arreglado el anciano posadero para apoderarse de la herencia del honrado Auffray. Brigaut pidió cautelosamente informes acerca del carácter de Rogrón y de su hermana, sorprendió á Petrilla en el mercado con su prima por la mañana y se estremeció al verla al brazo un cesto lleno de provisiones. Fué también el domingo á ver á Petrilla á la iglesia, donde la bretona se mostraba engalanada, y allí fué donde Brigaut vió por primera vez que Petrilla era la señorita Lorrain. Petrilla vió á su amigo, pero le hizo un signo misterioso para aconsejarle que permaneciese oculto. En aquel gesto hubo un mundo de cosas, como en aquel otro con el que quince días antes le había mandado escaparse. ¡Qué fortuna no tendría él que hacer en diez años para poder casarse con su amigueta de la infancia, á la que los Rogrón debían dejar una casa, cien fanegas de tierra y doce mil francos de renta, sin contar las economías! El perseverante bretón no quiso probar fortuna sin haber adquirido antes los conocimientos que le faltaban. Mientras sólo se tratase de teoría, era lo mismo aprenderla en París que en Provins, y él prefirió permanecer al lado de Petrilla, á la cual deseaba explicar, por otra parte, sus proyectos y la especie de protección con que podía contar. Finalmente, no quería dejarla sin haber penetrado el misterio de aquella palidez que alcanzaba ya á los ojos, y sin conocer el origen de aquellos sufrimientos que le daban el aspecto de una joven encorvada bajo la hoz de la muerte y próxima á caer. Aquellas dos conmovedoras señas, que no desmentían su amistad, pero que le recomendaban la mayor re-



serva, sumieron en mudo terror el alma del bretón. Era evidente que Petrilla le mandaba que esperase y que no intentase verla, y que, en caso contrario, había peligro para ella. Al salir de la iglesia, la huérfana pudo dirigirle una mirada, y Brigaut vió entonces que los ojos de Petrilla estaban llenos de lágrimas. El bretón hubiera encontrado la cuadratura del círculo antes de adivinar lo que había pasado en el hogar de los Rogrón á raíz de su llegada.

La mañana en que Brigaut había surgido en su sueño matinal cual otro sueño, Petrilla abandonó su cuarto presa de grandes temores. Para levantarse y abrir la ventana, la señorita Rogrón debió oír aquel canto y aquellas palabras, bastante comprometedoras para los oídos de una solterona; pero Petrilla ignoraba los hechos que ponían á su prima tan alerta. Silvia tenía poderosas razones para levantarse y salir á la ventana. Hacia unos ocho días que extraños y secretos sucesos y crueles sentimientos agitaban á los principales personajes del salón Rogrón. Estos desconocidos acontecimientos, ocultos cuidadosamente por una y otra parte, iban á caer como una fría avalancha sobre Petrilla. Este mundo de cosas misteriosas, á las que, sin duda, sería necesario denominar inmundicias del corazón humano, constituyen la base de las mayores revoluciones sociales y domésticas; pero, al expresarlas, es, sin duda, sumamente útil decir que su traducción algebraica, aunque verdadera, es infiel desde el punto de vista de la forma. Estos profundos cálculos no hablan tan brutalmente como la historia los expresa. Querer dar cuenta de las circunvoluciones, de las precauciones oratorias y de las largas conversaciones en que el espíritu empaña á intento la luz que él mismo se hace, y en que la palabra melosa deslíe el veneno de ciertas intenciones, sería querer hacer un libro tan largo como el magnífico poema titulado *Clarisa Harlowe*. Las señoritas Habert y Silvia tenían igual deseo de casarse; pero la una era diez años más joven que la otra, y todas las probabilidades permitían pensar á Celesta Habert que sus hijos tendrían toda la fortuna de los Rogrón. Silvia frisaba en los cuarenta y dos años, edad en que el matrimonio

puede ofrecer peligros. Confiándose las dos solteronas sus pensamientos para pedirse mutua aprobación, Celeste Habert, instruida por el vengativo cura, había dado cuenta á Silvia de los pretendidos peligros de su posición. El coronel, hombre violento, dotado de robustez militar y de cuarenta y cinco años de edad, debía practicar, indudablemente, la moraleja de todos los cuentos de hadas: *Fueron felices y tuvieron muchos hijos*. Esta felicidad hizo temblar á Silvia, la cual temió morir, idea esta que espanta extraordinariamente á los solterones. Pero el ministerio Martignac, segunda victoria de la Cámara que derribó al ministerio Villele, había subido al poder, y el partido Vinet prosperaba enormemente en Provins. Vinet, que era á la sazón el primer abogado de Brié, *ganaba lo que quería*, según la expresión popular. Vinet era un personaje. Los liberales profetizaban su advenimiento, y, según ellos, aquel hombre llegaría á ser, indudablemente, diputado y fiscal general. El coronel sería nombrado alcalde de Provins. ¡Ah! reinar como reinaba la señora Garceland y ser mujer del alcalde, fué la única esperanza de Silvia, la cual quiso consultar á su médico, aunque esta consulta pudiese cubrirla de ridículo. Aquellas dos célibes, victoriosa la una y segura la otra de manejarla á su gusto, inventaron una de esas trampas que también saben manejar las mujeres aconsejadas por un sacerdote. Consultar al señor Neraud, médico de los liberales y antagonista del señor Martener, era una torpeza. Celesta Habert ofreció á Silvia ocultarla en su gabinete tocador y consultar por sí misma acerca de aquel punto al señor Martener, médico de su colegio. Cómplice ó no de Celesta, Martener respondió á su cliente que el peligro existía ya, aunque en menor escala, en una mujer de treinta años.

—Pero su constitución aleja todo temor,—le dijo al terminar.

—¿Y en una mujer de cuarenta años pasados?—le preguntó la señorita Celesta Habert.

—Una mujer de cuarenta años, casada y que ha tenido hijos, no tiene nada que temer.



—Pero ¿y una soltera honrada y preciosa, tan honrada como la señorita Rogrón, por ejemplo?

—¡Honrada! no hay duda alguna—dijo el señor Martener.—Un parto feliz es entonces uno de esos milagros que Dios se permite, aunque muy rara vez.

—Y ¿por qué?

El médico le respondió con una descripción patológica espantosa. Explicó cómo la elasticidad dada por la naturaleza en la juventud á los músculos y á los huesos, no existía á cierta edad, sobre todo en mujeres que habían hecho vida sedentaria mucho tiempo, como la señorita Rogrón.

—¿De modo que pasados los cuarenta años, una joven virtuosa no debe casarse?

—Debe esperar—respondió el médico;—si bien es verdad que entonces ya no hace un matrimonio, sino una asociación de intereses.

De esta entrevista resultó clara, seria, científica y razonablemente que, después de los cuarenta años, una joven virtuosa no debía casarse. Cuando el señor Martener se marchó, la señorita Celesta Habert encontró á Silvia verde y amarilla, con las pupilas dilatadas, en fin, en un estado espantoso.

—¿Tanto ama usted al coronel?—le preguntó Celesta.

—No, es que tenía aún esperanzas—respondió la solterona.

—Pues bien, espere usted algún tiempo más—exclamó jesuiticamente Celesta Habert, segura de que el tiempo haría justicia al coronel.

La moralidad de este matrimonio era, sin embargo, dudosa. Silvia fué á sondear su conciencia al fondo del confesionario. Su severo director le explicó las opiniones de la Iglesia, que no ve en el matrimonio más que la propagación de la humanidad, que condena las segundas nupcias y reprueba las pasiones sin objeto social. Las dudas de Silvia Rogrón fueron inmensas. Aquellos combates interiores dieron una extraña fuerza á su pasión y le comunicaron el inexplicable atractivo que desde Eva tienen para

las mujeres todas las cosas prohibidas. La turbación de la señorita Rogrón no escapó á la penetrante mirada del abogado.

Una noche, después de acabada la partida de juego, Vinet se aproximó á su querida amiga Silvia, le tomó la mano y fué á sentarse con ella en un canapé.

—¿Le pasa á usted algo?—le dijo al oído.

La solterona inclinó tristemente la cabeza, y una vez que Rogrón se hubo marchado, el abogado quedó solo con ella y le habló al corazón.

—No es tonto el cura; pero ¡cuán lejos está él de pensar que ha trabajado para mí!—exclamó el abogado para sus adentros, después de haber oído todas las consultas secretas hechas por Silvia, incluso la última, que era espantosa.

Este astuto zorro judicial fué más terrible aún en sus explicaciones que el médico, y aconsejó el matrimonio, si bien con una dilación de diez años para mayor seguridad. El abogado juró que toda la fortuna de los Rogrón pertenecería á Matilde, y, después de frotarse les manos y de despidirse, se fué corriendo para alcanzar á la señora y á la señorita de Chargeboeuf, que se encaminaban ya á su casa acompañadas de un criado provisto de un farol. La influencia que ejercían el señor Habert, médico del alma, y Vinet, médico del bolsillo, se contrarrestaba mutuamente. Rogrón era poco devoto, de suerte que el hombre de Iglesia y el hombre de leyes, aquellas dos togas negras, disponían de fuerzas iguales. Al saber la victoria alcanzada por la señorita Habert, que creía casarse con Rogrón, sobre Silvia, que titubeaba entre el temor de morir y el afán de ser baronesa, el abogado vió la posibilidad de hacer desaparecer al coronel del campo de batalla. Conocía bastante á Rogrón para encontrar un medio de casarle con la hermosa Matilde. Además, Rogrón no había podido resistir los ataques de la señorita de Chargeboeuf. Vinet sabía que la primera vez que estuviera solo con Rogrón y con Matilde, el casamiento quedaría decidido. Temía tanto Rogrón las miradas de Matilde, que había llegado hasta el punto de fijar continuamente sus ojos en la señorita Habert. Vinet aca-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



baba de ver hasta qué punto amaba Silvia al coronel, y comprendiendo la importancia de una pasión semejante en una solterona sumida en exagerada devoción, no tardó en encontrar el medio de perder á la vez á Petrilla y al coronel, esperando verse desembarazado de una y otro.

Al día siguiente por la mañana, después de terminados sus quehaceres en la audiencia, el abogado encontró al coronel y á Rogrón paseando juntos, según su costumbre cotidiana.

Quando estos tres hombres iban juntos, su reunión era siempre objeto de comentarios para la villa. Este triunvirato, odiado por la subprefectura, por la magistratura y por el partido de los Tiphaine, era un tribunal del que los liberales de Provins se sentían orgullosos. Vinet redactaba *El Correo* por sí solo y era, por lo tanto, la cabeza del partido; el coronel, gerente responsable del diario, era el brazo, y Rogrón, con su dinero, era el nervio. A juzgar por lo que decían los Tiphaine, estos tres hombres estaban siempre maquinando algo contra el gobierno, mientras que los liberales los consideraban como los defensores del pueblo. Cuando el abogado vió que Rogrón se encaminaba hacia la plaza, llamado á su casa por la hora de comer, impidió al coronel que le acompañase cogiéndole por el brazo.

—Vaya, coronel, voy á quitarle á usted un gran peso de encima—le dijo.—Usted puede aspirar á un partido mejor que Silvia, y si sabe usted manejarse, podrá casarse dentro de dos años con la pequeña Petrilla Lorrain.

Y á continuación le contó los efectos de la maniobra jesuítica.

—¡Vaya una trama secreta y la importancia que ha tomado!—dijo el coronel.

—Coronel—repuso gravemente Vinet,—Petrilla es una criatura encantadora. Usted puede ser feliz el resto de sus días, pues tiene una salud de hierro, y ese matrimonio no ha de tener para usted los inconvenientes que suelen tener las uniones desproporcionadas; pero no crea usted fácilmente ese cambio de un porvenir espantoso por un porvenir agradable.

dable. Hacer pasar á su amante al estado de confidente, es una operación tan peligrosa como es, en el oficio de usted, el paso de un río bajo el fuego del enemigo. Astuto como un coronel de caballería que es usted, estudie su posición y obre con la superioridad que ha ostentado hasta ahora y que nos ha valido nuestra situación actual. Si algún día llego yo á ser fiscal general, usted puede mandar un departamento. ¡Ah! si usted hubiera sido elector, estaríamos más avanzados; yo hubiese comprado los votos de esos dos empleados, indemnizándoles la pérdida de sus cargos, y hubiéramos obtenido la mayoría, con lo cual en este momento estaría yo sentado al lado de los Dupin, de los Casimiro Perier, de los...

Hacía ya tiempo que el coronel había pensado en Petrilla; pero ocultaba este pensamiento con profundo disimulo. Su brutalidad con la huérfana no era más que aparente. La niña no se explicaba la causa de que el pretendido compañero de su padre la tratase tan mal, siendo así que le pasaba la mano por la cara y le hacía caricias paternales cuando la encontraba sola. Después de la conferencia de Vinet relativa al terror que el matrimonio causaba á la señorita Silvia, Gouraud había buscado ocasiones de encontrar sola á Petrilla, y el rudo coronel tornábase entonces cariñoso como un perro, le hablaba del heroico valor de Lorrain y comentaba la gran desgracia que su muerte había sido para ella.

Algunos días antes de la llegada de Brigaut, Silvia había sorprendido á Gouraud y á Petrilla, y los celos habían penetrado en aquel corazón con una violencia monástica. Los celos, pasión eminentemente crédula y sospechosa, son una de las cosas sobre las que la imaginación ejerce más influencia; pero no da capacidad, sino que la quita, y en Silvia esta pasión debía originar extrañas ideas. Silvia se imaginó que el hombre que acababa de cantar á Petrilla la canción en que se hablaba de la *señora casada* era el coronel. Atribuyendo esta cita á Gouraud, Silvia creía tener razón, pues hacía una semana que las maneras del coronel le parecían cambiadas. Este hombre era el único



en su vida que se había ocupado de ella. La solterona la observaba, pues, con todos sus ojos y con todo su entendimiento, y, á fuerza de entregarse á esperanzas tan pronto florecientes como destruidas, le había dado á sus amores una importancia que sentía los efectos de un espejismo moral. Tanto y tanto miraba, que muchas veces acababa por no ver nada. Silvia rechazaba y admitía sucesivamente la hipótesis de aquella rivalidad quimérica. Hacía comparaciones entre ella y Petrilla: ella tenía cuarenta años y cabellos grises, mientras que Petrilla era una niña delicada con unos ojos capaces de reanimar á un corazón muerto. Silvia había oído decir más de una vez que los hombres de cincuenta años gustan de las jovencitas semejantes á Petrilla. Antes de que el coronel frecuentase la casa de los Rogrón, la solterona había oído en casa de los Tiphaine cosas muy raras acerca de Gouraud y de sus costumbres. Las viejas célibes sienten simpatía por las ideas platónicas exageradas que profesan las jóvenes de veinte años, y, como todos los que no han experimentado la vida y han comprobado lo mucho que las fuerzas mayores sociales modifican, destruyen y anulan esas ideas nobles y hermosas, conservaba doctrinas absolutas. Para Silvia, ser engañada por aquel coronel, era un pensamiento que le laceraba el corazón. Durante ese tiempo que todo célibe ocioso pasa en la cama entre el despertar y el levantarse, la solterona se había ocupado de sí, de Petrilla y de la romanza que la había despertado con la palabra matrimonio. Como estúpida que era, en lugar de mirar al enamorado á través de las persianas, había abierto la ventana sin pensar en que Petrilla la oiría. Si hubiera tenido siquiera el talento vulgar del espía, habría visto á Brigaut, y el drama vulgar comenzado entonces no hubiera tenido lugar.

Petrilla, á pesar de su debilidad, quitó los troncos de madera que sujetaban las ventanas de la cocina, y después de abrirlas hizo lo propio con la puerta del corredor que daba al jardín. Después tomó las diferentes escobas necesarias para barrer las alfombras, el corredor, las escaleras

en una palabra, para limpiarlo todo, con un cuidado y una exactitud que ninguna criada pondría en su obra, aunque fuese holandesa: ¡odiaba tanto las reprensiones la pobre niña! Para ella, la dicha consistía en ver los ojillos azules, pálidos y fríos de su prima, no ya satisfechos, que eso no lo parecían nunca, sino tranquilos solamente, después que había dirigido á todas partes su mirada de propietaria, esa mirada inexplicable que ve lo que se escapa á los ojos más observadores. Petrilla sudaba ya de cansancio cuando volvió á la cocina á ponerlo todo en orden, á encender los hornillos á fin de poder hacer fuego en los cuartos de su primo y de su prima y llevarles agua caliente para lavarse. Después puso la mesa para el almuerzo y encendió la estufa de la sala. Para estos diferentes servicios iba á veces á la bodega á buscar leña y pasaba de un lugar fresco á un lugar caliente y viceversa. Estas transiciones repentinas, hechas con la precipitación de una niña, á fin de evitar á veces una riña, tenían que agravar irremediablemente el estado de su salud. Petrilla no sabía que estaba enferma. Sin embargo, empezaba á sufrir, sentía caprichos extraños que ocultaba, y comía á veces ensaladas crudas que devoraba en secreto. La inocente niña ignoraba por completo que su situación constituía una enfermedad grave que exigía los mayores cuidados. Antes de la llegada de Brigaut, si aquel Neraud, que podía reprocharse la muerte de la abuela, hubiese revelado este peligro mortal á la nieta, Petrilla hubiera sonreído: encontraba demasiado amarga la vida para no sonreír á la muerte. Pero hacía algunos instantes que ella, que unía á sus sufrimientos corporales los sufrimientos de la nostalgia bretona, enfermedad moral tan conocida que los coroneles tienen que tomar medidas para evitarla en los bretones que tienen en sus regimientos, ella, repito, amaba Provens. La vista de aquella flor de oro, aquel canto y la presencia de su amigo de la infancia la habían reanimado, como se reanima y reverdece una planta cuando, tras larga sequía, recibe los beneficios de una fresca lluvia. Petrilla quería vivir y creía no haber sufrido. La huérfana

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BILBAO



penetró tímidamente en la habitación de su prima, hizo fuego, dejó allí el perol de agua caliente, cambió con ella algunas palabras, fué á despertar á su tutor, y bajó á buscar la leche, el pan y las demás provisiones que solían llevar á domicilio. Durante algunos instantes permaneció en el umbral de la puerta esperando que Brigaut tendiera el buen sentido de volver; pero el obrero estaba ya en la carretera de París. Petrilla había arreglado ya la sala y estaba ocupada en la cocina, cuando oyó que su prima bajaba la escalera. La señorita Silvia Rogrón apareció vestida con su bata de casa de tafetán color carmelita con un gorro de tul en la cabeza, una almilla debajo de la bata y los pies en las zapatillas de casa, y acto continuo pasó revista á todo y fué á buscar á su prima, que esperaba para que le dijese lo que había de poner para almorzar.

—¡Ah! ¿ya está usted aquí, señorita enamorada?—dijo Silvia á Petrilla con un tono medio alegre y medio burlón.

—¿Qué desea usted, prima mía?

—Ha entrado usted en mi cuarto como una zorra y ha salido lo mismo, sin embargo de que debía saber que yo le iba á hablarle.

—¿A mí?

—Usted ha tenido esta mañana una serenata, como si fuese una princesa.

—¿Una serenata?—exclamó Petrilla.

—¿Una serenata?—repuso Silvia imitándola.—Y tiene usted un amante.

—Prima mía, ¿qué es un amante?

Silvia evitó la respuesta, y le dijo:

—Señorita, ¿se atreverá usted á negar que esta mañana ha estado un hombre debajo de su ventana hablándole de casamiento?

La persecución había enseñado á Petrilla las astucias necesarias á los esclavos, y, en su consecuencia, le contestó atrevidamente:

—No sé lo que quiere usted decirme...

—¡Caramba! ¿de veras?—dijo con acritud la solterona.

—Prima mía...—repuso humildemente Petrilla.

—¿Tampoco es verdad que se ha levantado usted y que ha salido descalza á la ventana?... lo cual puede valerle una enfermedad de la que sólo usted será culpable. ¿Tampoco es verdad que le dirigió usted la palabra á su enamorado?

—Tampoco, prima mía.

—Ya sabía que tenía usted muchos defectos, pero ignoraba que fuese embustera. Piénselo bien, señorita, tiene usted que explicarnos á su primo y á mí la escena de esta mañana, ó de lo contrario, su tutor habrá de tomar con usted rigurosas medidas.

La solterona, devorada por los celos y la curiosidad, apelaba á la intimidación. Petrilla guardó silencio obrando como la gentes que sufren más de lo que les permiten sus fuerzas. Para los seres oprimidos y atacados, este silencio es el único medio de triunfar: él anula los cargos de los envidiosos y las salvajes escaramuzas de los enemigos, concediendo la victoria más completa. ¿Qué cosa es más completa que el silencio? Es absoluto. ¿No es este uno de los modos de ser de lo infinito? Silvia examinó á Petrilla á hurtadillas. La niña se ruborizaba; pero su rubor, en lugar de ser general, se manifestaba por placas desiguales en las mejillas y ardientes manchas de significativo tono. Al ver estos síntomas de enfermedad, una madre hubiese cambiado en seguida de actitud, hubiera tomado á su hija en el regazo, la hubiera interrogado, habría adquirido ya mil pruebas de la sublime y completa inocencia de Petrilla y habría adivinado su enfermedad y comprendido que los humores y la sangre, desviados de su rumbo, se agolpaban á los pulmones después de haber turbado las funciones digestivas. Aquellas manchas eloquentes le hubiesen hecho ver la inminencia de un peligro mortal; pero una solterona que no había sentido nunca cariño de familia y que desconocía las necesidades de la infancia y las precauciones que exige la adolescencia, no podía tener la indulgencia y la consideración que inspiran ciertos hechos de la vida conyugal. Los sufrimientos de la



miseria, en lugar de enternecerle el corazón, se lo habían encallecido.

—Cuando se pone encarnada, es que se siente culpable —se dijo Silvia para sus adentros.

El silencio de Petrilla fué, pues, mal interpretado.

—Petrilla—le dijo,—antes de que su primo baje, vamos á hablar. Venga usted—añadió con tono menos duro.—Cierre la puerta de la calle. Si viene alguien ya llamará y lo oiremos.

No obstante la húmeda niebla que se elevaba sobre el río, Silvia llevó á Petrilla por el camino enarenado que serpentea á través de los céspedes hasta el borde de la terraza que forma una especie de pintoresco muelle plagado de plantas acuáticas. La vieja prima cambió de sistema é intentó sonsacar á Petrilla empleando la dulzura. La hiena iba á convertirse en gata.

—Petrilla—le dijo,—ya no es usted una niña, pronto va á cumplir quince años, y no tendría nada de particular que tuviese novio.

—Pero, prima—dijo Petrilla fijando sus ojos llenos de angelical dulzura en el duro y frío rostro de su prima,—¿qué es un novio?

Silvia no pudo definir á la pupila de su hermano con precisión y decencia lo que era un novio, y en lugar de ver en aquella pregunta la adorable inocencia que encerraba, no vió más que hipocresía y falsedad.

—Petrilla, un novio, un amante, es un hombre que quiere y que desea casarse con una.

—¡Ah!—dijo Petrilla—en Bretaña, cuando dos jóvenes se hallan de acuerdo, al hombre se le llama prometido.

—Pues bien, piense usted que no hay mal alguno en confesar su cariño por un hombre, hijita mía. El mal está en el secreto. ¿Ha agradado usted por casualidad á alguno de los hombres que vienen aquí?

—No lo creo.

—Y ¿no ama usted á ninguno?

—A ninguno.

—¿De veras?

—De veras.

—Míreme usted, Petrilla.

Petrilla miró á su prima.

—¿No le ha llamado á usted un hombre esta mañana desde la plaza?

Petrilla bajó los ojos.

—¿No salió usted á la ventana, la abrió y habló con él?

—No, prima mía. He querido saber si hacía buen tiempo, y he visto en la plaza á un aldeano.

—Petrilla, desde que ha hecho usted su primera comunión, ha ganado mucho, pues es obediente y piadosa y ama á sus parientes y á Dios. Estoy contenta de usted, y no se lo decía por no darle alas.

Aquella horrible mujer tomaba por virtudes el abatimiento, la sumisión y el silencio de la miseria. Una de las cosas más gratas capaz de consolar á los que sufren, á los mártires y á los artistas en el apogeo de la pasión divina que les comunican la envidia y el odio, es encontrar elogios donde vieron siempre censura y mala fe. Petrilla fijó, pues, en su prima sus cariñosos ojos y se sintió inclinada á perdonarle todos los dolores que le había causado.

—Pero si todo esto no fuese más que hipocresía, si yo hubiese de ver en usted una serpiente á la que habría dado vida calentándola en mi seno, sería usted una horrible é infame criatura.

—No creo tener que hacerme reproche alguno—dijo Petrilla experimentando una horrible contracción en el corazón por el tránsito repentino de aquella alabanza inesperada al acento terrible de la hiena.

—¿Sabe usted que la mentira es un pecado mortal?

—Sí, prima mía.

—Pues bien, ¡está usted ante Dios!—le dijo la solterona mostrándole con gesto solemne el cielo y los jardines.—¡Júreme que no conocía usted á ese aldeano!

—Yo no juro—dijo Petrilla.

—¡Ah! ¡viborilla! ¡no era un aldeano!

Petrilla corrió como una corza asustada á través del



jardín, aterrada ante aquel interrogatorio. Su prima la llamó con voz terrible.

—Es que llaman—respondió la joven.

—¡Ah, hipocritonal—se dijo Silvia.—¡Es una mala gata, una culebra, y ahora estoy segura de que camela al coronel Claro, como nos ha oído decir que era barón... ¡Ser baronesal... ¡estúpida! ¡Oh! me desembarazaré de ella poniéndola de aprendiz en cualquier parte, y se acabó.

Silvia estaba tan sumida en sus pensamientos, que no vió á su hermano bajando por el paseo enarenado y contemplando los desastres producidos en sus dalias por la helada.

—¡Hola, Silvia! ¿en qué estás pensando ahí? Creí que mirabas los peces; á veces hay algunos que saltan fuera del agua.

—No,—contestó Silvia.

—¿Y cómo has dormido? Yo...—y se puso á contar su sueño de la noche.—¿No me encuentras la piel más ajada?

Desde que Rogrón amaba, pero no, no profanemos esta palabra, desde que deseaba á la señorita de Chargebœuf, se preocupaba mucho de su porte y de su persona. Petrilla bajó en aquel momento la escalinata exterior y anunció de lejos que el almuerzo estaba puesto. Al ver á su prima, la cara de Silvia se llenó de placas verdes y amarillas: toda su bilis se puso en movimiento. Al volver á casa examinó el corredor y advirtió á Petrilla que había que fregarlo.

—Ya lo fregaré si usted quiere—respondió aquel ángel, ignorando el peligro á que se expone una joven con este trabajo.

El comedor estaba irreprochablemente arreglado. Silvia se sentó, y durante todo el almuerzo afectó necesitar cosas en las que ni siquiera hubiera pensado si estuviera tranquila, y que en aquel entonces pidió para hacer levantar á Petrilla, escogiendo el momento en que la pobre niña se ponía á comer. Pero aquella ruda molestia no la satisfacía, y buscaba un pretexto para reñir, encolerizándose interiormente al ver que no lo encontraba. Si hubiera habido para

almorzar huevos pasados por agua, hubiera podido quejarse, indudablemente, de la cocción del suyo; pero no hallando pretexto alguno, lo buscaba con ahinco y respondía apenas á las preguntas de su hermano, sin embargo de que sólo le miraba á él. Sus ojos evitaban la presencia de Petrilla. La pobre niña, que era eminentemente sensible á aquella actitud, trajo el café de sus primos en un gran cubilete de plata donde acostumbraba á calentar al baño de maría la leche mezclada con crema. Los dos hermanos se mezclaban ellos mismos la leche y el café hecho por Silvia, en dosis conveniente. Cuando Silvia se hubo preparado minuciosamente su almuerzo, vió un ligero granito de café, y cogiéndolo con afectación, lo miró y se inclinó después para verlo mejor. Entonces estalló la tormenta.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Rogrón.

—Tengo que esa señorita ha echado ceniza en mi café. ¡Qué agradable es tomar café con ceniza! Pero, claro, la cosa es natural: no se puede estar en dos partes distintas á la vez. ¡Bastante habrá pensado ella en el café! Esta mañana estoy segura que no hubiera visto volar un mirlo en la cocina. ¿Cómo había de ver volar la ceniza? Además, ¡el café de su prima! ¡Ah! ¡eso es lo de menos!

Y al mismo tiempo que hablaba en este tono ponía en el borde del plato el grano de café pasado á través del filtro y algunos trozos de azúcar que no se disolvían.

—Pero, prima, ¡si es café!—dijo Petrilla.

—¡Ah! vamos, sí; ¡conque soy yo la que miento!—gritó Silvia mirando á Petrilla y aterrorizándola con la cólera que despedían sus ojos.

Las naturalezas que no han sido estragadas por la pasión disponen de una gran abundancia de fluido vital. El fenómeno del excesivo brillo de los ojos en los momentos de cólera se verificaba tanto mejor en los de la señorita Rogrón, cuanto que ésta, en su tienda, había tenido antaño frecuentes ocasiones de emplear el poder de su mirada abriendo desmesuradamente los ojos, á fin de inspirar á sus inferiores un saludable terror.

—Le aconsejo á usted que no me desmienta, merecien-



do, como merece, salir de la mesa é ir á comer sola á la cocina—añadió Silvia.

—Pero ¿qué os pasa hoy, que estáis como el perro y el gato?—preguntó Rogrón.

—Ya sabe esta señorita lo que me pasa, y le dejo tiempo para que tome una decisión antes de obligarme á hablar, en la inteligencia de que me portaré con ella mejor de lo que se merece.

Petrilla miraba la plaza á través de los cristales con objeto de evitar las miradas de su prima, que le causaban espanto.

—Mira, me hace el mismo caso que si hablase con el azucarero. Y sin embargo, tiene el oído fino y sabe hablar y responder desde lo más alto de una casa á alguien que se encuentra en la acera... Mira, posee tu pupila una malidad sin nombre y no debes esperar nada bueno de ella, ¿oyes, Rogrón?

—Pero ¿qué cosa grave ha hecho?

—A su edad es empezar demasiado pronto—exclamó furiosa la solterona.

Petrilla no sabía qué postura tomar, y, á fin de salir de aquella situación, se levantó para quitar el servicio de la mesa. Aunque aquel lenguaje no fuese nuevo para ella, nunca había podido acostumbrarse á él. La cólera de su prima le hacía creer en algún crimen, y se preguntaba cuál no sería su furor si llegaba á saber la escapada de Brigaut. Tuvo á la vez los mil pensamientos de una esclava, y resolvió guardar un silencio absoluto acerca de un hecho en el que su conciencia no le señalaba nada malo. La pobre huérfana tuvo que oír palabras tan duras y tan ásperas é hipótesis tan ofensivas, que, al entrar en la cocina, sufrió una contracción de estómago acompañada de espantoso vómito; pero como no estaba segura de ser atendida en aquel momento, no se atrevió á quejarse, volvió al comedor lívida, dijo que no se encontraba bien y subió á acostarse, cogiéndose de escalón en escalón á la barandilla, y creyendo llegada la hora de su muerte.

—¡Pobre Brigaut!—se decía,

—Está enferma—dijo Rogrón.

—¡Enferma! Son rabetas—respondió Silvia en voz alta á fin de que pudiese oírlo.—Anda, anda, no estaba enferma esta mañana, no.

Este último golpe aterró á Petrilla, que se acostó llorando y pidiendo á Dios que la sacase de este mundo.

Hacia ya un mes próximamente que Rogrón no tenía que llevar *El Constitucional* á casa de Gouraud; el coronel iba obsequiosamente él mismo á buscar el periódico y á charlar, y acompañaba á Rogrón en su paseo cuando hacía buen tiempo. Segura de ver al coronel y de poder interrogarle, Silvia se vistió coquetamente. La solterona creía estar muy linda poniéndose una bata verde, un chal de cachemira amarillo con ribetes rojos y un sombrero blanco con plumas grises. Hacia la hora en que el coronel debía llegar, Silvia se estacionó en el salón con su hermano, al cual obligó á permanecer en zapatillas y en bata de casa.

—Hace un tiempo hermoso, coronel—dijo Rogrón al oír el pesado paso de Gouraud;—pero no me he vestido porque mi hermana quería salir, y me ha hecho guardar la casa; espéreme usted.

Rogrón dejó á Silvia sola con el coronel.

—¿Adónde va usted para ir compuesta como una divinidad?—preguntó Gouraud, que notaba ya una cierta seriedad en el ajado rostro de la solterona.

—Iba á salir; pero como la pequeña no está buena, me quedo.

—Pues ¿qué tiene?

—No lo sé; ha dicho que quería ir á acostarse.

La prudencia, por no decir la desconfianza de Gouraud, estaba incesantemente alerta á causa de su alianza con Vinet. La mejor parte era, indudablemente, la del abogado. Éste redactaba el periódico, mandaba en él como amo y aplicaba los ingresos á su redacción, mientras que el coronel, el editor responsable, sacaba escasos beneficios. Vinet y Cournant habían hecho enormes favores á los Rogrón, y el coronel retirado no podía hacer nada por



ellos. ¿Quién sería diputado? Vinet. ¿Quién era el gran elector? Vinet. ¿A quién se consultaba? A Vinet. Además de todo esto, el coronel conocía, por lo menos tan bien como Vinet, la importancia de la pasión inspirada á Rogrón por la hermosa Matilde de Chargebœuf. Como todas las pasiones últimas de los hombres, aquella era cada vez más insensata. La voz de Matilde hacía estremecer al célibe. Absorbido por sus deseos, Rogrón los ocultaba, pues no se atrevía á esperar semejante alianza. Para sondear al mercero, el coronel juzgó bueno decirle que iba á pedir la mano de Matilde, y Rogrón había palidecido ante un rival tan temible, y se mostraba frío y casi displicente con Gouraud. Vinet reinaba, pues, por todos conceptos en aquella casa; mientras que el coronel sólo estaba unido á ella por los lazos hipotéticos de un afecto engañoso por su parte y que Silvia no le había declarado aún. Cuando el abogado le reveló la maniobra del sacerdote, aconsejándole que rompiese con Silvia y que fijase sus ojos en Petrilla, Vinet dió por el gusto á Gouraud; pero analizando el verdadero objeto de aquel consejo y examinando bien el terreno en torno suyo, el coronel creyó ver en su aliado la esperanza de malquistarle con Silvia y de aprovecharse del miedo de la solterona para hacer llegar toda la fortuna de los Rogrón á manos de la señorita de Chargebœuf; de suerte que cuando Rogrón le dejó solo con Silvia, la perspicacia del coronel le hizo ver, por ligeros indicios, el pensamiento inquieto de Silvia y el plan formado de encontrarse sola con él por un momento. El coronel, que tenía ya grandes sospechas de que Vinet le hacía traición, atribuyó aquella conferencia á alguna secreta insinuación de aquel mono judicial, y se puso en guardia, como cuando reconocía el campo enemigo, con el ojo avizor, el oído atento al menor ruido, el alma despierta y la mano sobre las armas. El coronel tenía el defecto de no creer nunca una sola palabra de lo que le decían las mujeres, y cuando la solterana sacó á relucir á Petrilla y le dijo que se había acostado al mediodía, creyó que Silvia la tendría acaso castigada en su cuarto por celos.

—Se va haciendo muy bonita esa pequeña—dijo el militar con aire indiferente.

—Sí, será muy bonita—respondió Silvia.

—Ahora debía usted enviarla á París á algún taller—añadió el coronel.—Allí haría seguramente fortuna, porque hoy las modistas quieren dependientas guapas.

—¿De veras es esa su opinión?—preguntó Silvia con voz turbada.

—Bueno, ya caigo—pensó el coronel para sus adentros.—Vinet le habrá aconsejado que nos case á Petrilla y á mí para perderme en el concepto de esta vieja bruja...—Pero ¿qué quiere usted hacer de ella?—dijo en voz alta.—No ve usted á una joven de incomparable belleza, á Matilde de Chargebœuf, noble, elegante y distinguida, reducida á vestir santos? Nadie la quiere; conquese Petrilla, que no tiene nada, no se casará nunca. ¿Cree usted que la juventud y la belleza pueden ser algo para mí, por ejemplo, que, siendo capitán de caballería en la guardia imperial desde que el emperador formó su guardia, he recorrido todas las capitales y conocido á las mujeres más bonitas del mundo? La juventud y la belleza son hoy cosas raras. No me hable usted de ellas. A los cuarenta y ocho años—añadió aumentándose la edad,—cuando se ha sufrido la derrota de Moscou y se ha hecho la campaña de Francia, se tienen ya los huesos un poco duros; yo soy ya un viejo. Una mujer como usted me cuidaría, me mimaría, y su fortuna, unida á mis pobres mil escudos de retiro, me proporcionaría un bienestar conveniente para mi ancianidad, y la preferiría á usted mil veces, á una presumida que me causaría muchos disgustos y que tuviera treinta años y pasiones, cuando yo tendría sesenta y reumatismos. A mi edad se calcula. Mire usted, aquí para *inter nos*, sepa que si yo llegase á casarme no me gustaría tener hijos.

El rostro de Silvia se iluminó para el coronel durante este largo párrafo, y su exclamación acabó de convencer al militar de la perfidia de Vinet.

—¿De modo que no ama usted á Petrilla?

—Vamos, ¿está usted loca, Silvia querida?—exclamó el



coronel.—¿Quién intenta romper nueces con los dientes cuando carece de ellos? A Dios gracias, estoy en mi sano juicio y me conozco.

Entonces Silvia no quiso ponerse en juego, y se creyó muy lince sacando á relucir á su hermano.

—Mi hermano tenía la idea de casarles á ustedes.

—Su hermano no puede tener ideas tan extravagantes. Para arrancarle el secreto, le dije hace algunos días que amaba á Matilde, y se puso pálido como la cera.

—¿Ama á Matilde?—dijo Silvia.

—Locamente. Por cierto que Matilde no quiere más que su dinero... (¡Toma, Vinet! pensó el coronel.) ¿Cómo había de hablar, pues, de Petrilla? No, Silvia—dijo Gouraud tomándole la mano y estrechándosela de cierta manera,—puesto que ha traído usted las cosas á este terreno. (Se aproximó á Silvia.) Sepa.... (Le besó la mano. Era coronel de caballería y había dado grandes pruebas de valor) sepa usted que yo no quiero otra mujer que usted. Aunque este matrimonio parezca ser un matrimonio de conveniencias, por mi parte le juro que siento gran afecto por usted.

—No; era yo la que quería casarle con Petrilla. Y si yo le diese mi fortuna... ¿eh, coronel?

—No, no, yo no quiero ser desgraciado en mi casa y ver dentro de diez años que un joven chisgarabís como Julliard merodea en torno de mi mujer y le dirige versos en un periódico. En este punto mi dignidad de hombre no transige. Yo no haré nunca un matrimonio desproporcionado en edad.

—Pues bien, coronel, ya hablaremos de eso seriamente—dijo Silvia dirigiéndole una mirada que ella creía llena de amor y que parecía, en realidad, la mirada de un ogro enfermo.

Asimismo, sus labios fríos y violáceos dejaron al descubierto sus amarillos dientes, y ella creía sonreír.

—Ya estoy aquí—dijo Rogrón llamando al coronel, quien saludó cortésmente á la solterona.

Gouraud resolvió apresurar su matrimonio con Silvia llegando de este modo á ser el dueño de la casa, prometién-

dose desembarazarse de Matilde y de Celesta Habert, mediante la influencia que adquiriría sobre Silvia durante la luna de miel. A este efecto, mientras que se paseaba con Rogrón, le dijo que el otro día le había gastado una broma, que no tenía pretensión alguna á la mano de Matilde y que no era bastante rico para casarse con una mujer sin dote. Después le confió su proyecto: él había escogido á su hermana hacía ya tiempo á causa de sus buenas cualidades, y sólo aspiraba al honor de ser cuñado suyo.

—¡Ah, coronel! ¡ah, barón! si no hace falta más que mi consentimiento, la boda se hará tan pronto como lo permita la ley—exclamó Rogrón, feliz al verse desembarazado de aquel terrible rival.

Silvia pasó toda la mañana en su cuarto mirando si había sitio para un matrimonio, y resolvió construir para su hermano un segundo piso y arreglar convenientemente el primero para ella y para su marido; pero, siguiendo sus naturales caprichos de célibe, antes de decidirse se prometió también someter al coronel á algunas pruebas para juzgar su corazón y sus costumbres, pues conservaba sus dudas y quería estar segura de que Petrilla no tenía relación alguna con el coronel.

Petrilla bajó á la hora de comer para poner la mesa. Silvia había tenido que hacer la comida y se había manchado la bata, lo cual había sido causa de que exclamase más de una vez: «¡Maldita Petrilla!» pues era evidente que si ésta hubiese hecho la comida, Silvia no tendría aquella mancha de grasa en su bata de seda.

—¿Ya está aquí la damisela? Es usted como el perro del herrero, que duerme debajo de la fragua y se despierta al ruido de las cacerolas. ¡Ah! ¡quiere usted que la crean enferma, embusteraza!

La idea: «No ha confesado usted la verdad de lo que ha pasado esta mañana en la plaza, y, por lo tanto, miente en cuanto dice», fué como un martillo con el que Silvia iba á herir sin piedad el corazón y la cabeza de Petrilla.

Con gran asombro de ésta, después de comer, su prima

CAPITULO A LA INVENTA...  
BIBLIOTECA A...



la envió á vestirse para la velada. La imaginación activa está muy por debajo de la actividad que presta la sospecha á la inteligencia de una solterona. En este caso la solterona dejó atrás á políticos, procuradores, notarios, banqueros y avaros. Después de haberlo examinado todo en torno de ella, Silvia se propuso consultar á Vinet, y quiso tener á Petrilla á su lado á fin de saber por la actitud de la pequeña si el coronel había dicho la verdad. Las señoras de Chargebœuf fueron las primeras en llegar. Siguiendo los consejos de su primo Vinet, Matilde había redoblado su elegancia, y llevaba una deliciosa bata azul de terciopelo de algodón, su pañoleta clara, sus magníficos pendientes de oro, su astuta crucecita, zapatos de satén negro, medias de seda gris y guantes de Suecia, y, además, aires de reina y coqueterías capaces de pescar á todos los Rogrón del río. La madre, grave y digna, conservaba como su hija, una cierta impertinencia aristocrática con la que aquellas dos mujeres salían airosas en todo y donde notaban el espíritu de su casta. Matilde estaba dotada de un talento y gracias superiores, que sólo Vinet supo admirar á los dos meses de vivir en su compañía. Cuando el abogado hubo medido la profundidad de aquella muchacha, despechada por la inutilidad de su juventud y de su belleza é iluminada por el desprecio que le inspiraban los hombres de una época en que el dinero era su único ídolo, Vinet, sorprendido, exclamó:

—Matilde, si yo me hubiese casado con usted, estaría hoy en vísperas de ser ministro de Justicia, me llamaría Vinet de Chargebœuf y ocuparía la derecha.

En su deseo de casarse, Matilde no alimentaba ninguna idea vulgar: no se casaba para ser madre, no se casaba para tener un marido, sino que lo hacía para ser libre, para tener un editor responsable, para llamarse señora y obrar como obran los hombres. Rogrón no era para ella más que un nombre, un imbécil, del cual pensaba hacer algo, un diputado, por ejemplo, que ella manejaría á su gusto, pues tenía que vengarse de su familia, que la había despreciado por ser pobre. Vinet había ensanchado

fortificado mucho sus ideas, admirándolas y aprobándolas.

—Querida prima—le decía explicándole la influencia que tenían las mujeres y mostrándole la esfera de acción que le era propia,—¿cree usted que Tiphaine, que es una medianía, llega por sí solo al tribunal de primera instancia de París? ¡Cál es la señora Tiphaine la que lo nombra diputado y la que lo empuja á París. Su madre, la señora Roguin, es una gata astuta que hace lo que quiere del banquero Tillet, uno de los compadres de Nucingen, emparentados ambos con los Keller, y estas tres casas hacen favores al gobierno ó á sus hombres más fieles; con lo cual estos cancerberos de la banca conocen á todo París y hacen lo que quieren en las oficinas del Estado. No hay ninguna razón para que Tiphaine, con este apoyo, no llegue á ser presidente de alguna audiencia real. Cásese usted con Rogrón, y lo haremos diputado por Provins, cuando yo haya conquistado para mí otro colegio de Seine-et-Marne. Después, obtendremos para él una recaudación general, uno de esos cargos en que no tenga más que firmar, y estaremos en la oposición, si triunfa; pero los Borbones se quedan, ¡ah! ¡con cuánto disimulo nos inclinaremos hacia el centro! Por otra parte, Rogrón no vivirá eternamente, y usted podrá casarse luego con algún hombre con título. En fin, adquiera usted una buena posición, y ya verá como los Chargebœuf nos siguen. Su misión, lo mismo que la mía, le dará, sin duda, una idea de lo que valen los hombres: es preciso servirse de ellos como se sirven las empresas de los caballos de la diligencia. Un hombre ó una mujer sólo sirve para llevarnos de tal á cual sitio.

Vinet, que había hecho de Matilde una pequeña Catalina de Médicis, dejaba á su mujer en casa con sus dos hijas, y acompañaba siempre á la señora de Chargebœuf en casa de los Rogrón. El abogado alcanzó toda su gloria en el tribuno campestre, y á la sazón usaba bonitos lentes de oro, chaleco de seda, corbata blanca, pantalón negro, botines finas, levita negra hecha en París, y reloj y cadena de

CAPITULO A LA CAVALLERIA  
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BILBAO